

GRIETAS DE ORO Y MÁRMOL

ALBA M. CASTRO



Primera edición: octubre de 2023

© de la obra: Alba M. Castro

© de la corrección: Aitor Aráez Pérez

© diseño de portada: Inma Moya de la Riva (@bythebondry)

© de las ilustraciones interiores: Andreea Malina Gabor (@ReaArt_M)

© de la maquetación: Rebeca Cid (@RebecaCid__)

© 2023, Ediciones Raven S.P.J.

www.edicionesraven.com

ISBN: 978-84-127629-0-7

IBIC: FMX

Todos los derechos reservados.

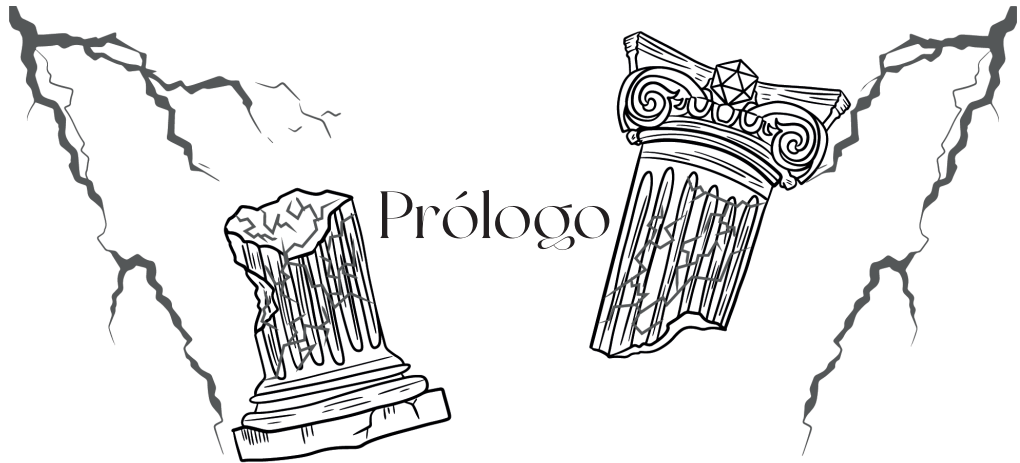
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo podrá ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

*A la Alba de 13 años que soñaba con
publicar y compartir sus
historias con el mundo,
lo conseguimos.*

*Y a todas las personas que en
algún momento se han sentido un poco rotas,
espero que encontréis en este libro el oro
que necesitáis para embellecer vuestras grietas.*

Primera parte

*Meraki (griego). 'Impregnar lo que haces
con un pedazo de ti'.*



Aquel día, con tan solo diez años, no entendí la importancia de lo que me había pasado.

En la primera excursión que organizó el colegio para que los niños conociéramos un poco de nuestro país, dejé atrás Siena y a mis padres con un par de lágrimas y una sonrisa algo triste. Me gustaba Siena y la sensación de familiaridad y calidez que había en esas calles que no eran mías, pero que sentía como tal. Yo, en realidad, era de un pequeño pueblo llamado Monteriggioni, situado a varios kilómetros de la ciudad. A pesar de ello, consideraba Siena como mi segundo hogar porque allí era donde iba al colegio y donde vivía Enzo, mi mejor amigo. Él me dio la mano para entrar en el autobús y con la otra me despedí de mis padres, que nos miraban, abrazados y con los ojos brillantes.

Las profesoras que nos acompañaban nos dejaron sentarnos el uno al lado del otro y saltarnos el orden de lista porque sabían que no queríamos separarnos. Con la nariz pegada en la ventanilla y Enzo apoyando la barbilla

en mi hombro, nos pasamos las largas horas de carretera observando los paisajes y comentándolos entre nosotros, desde los montes verdes con árboles frondosos hasta los pequeños pueblos, cada uno con su encanto especial.

Al entrar en Roma, algo cambió en el interior de aquel autobús. El aire que se respiraba era diferente y los ánimos de nuestros compañeros mejoraron tras haberse pasado las más de dos horas y media gritando entre ellos. Las profesoras iban contando historias sobre los rincones más famosos de la capital al mismo tiempo que Enzo soltaba exclamaciones de sorpresa y pequeñas risas en las que había emoción y nervios. A mí acabaron doliéndome las comisuras porque no había nada que me hiciera más feliz que la risa de Enzo, tan contagiosa que era imposible no caer en ella.

Pasamos por delante del Coliseo y nos dibujamos a nosotros mismos con unos lápices invisibles como gladiadores que estaban listos para salir a la arena a pelear. También soñamos con los ojos abiertos que cabalgábamos un carro tirado por caballos en el Circo Máximo y que acabábamos siendo coronados con hojas de laurel al ganar a nuestros adversarios. Al bajar del autobús, seguimos impregnándonos de todo lo que Roma tenía para ofrecer, de los monumentos más importantes y de las pequeñas calles que eran como una bocanada de aire en medio del mar algo asfixiante que era la capital de Italia.

De la mano de Enzo, sabía que no me iba a perder y que estaba a salvo, por lo que viví aquel día con intensidad, sin miedo y con muchas ganas.

Acabamos el día paseando por la Villa Borghese, un parque en el que la naturaleza y el arte eran uno solo. Árboles y flores, fuentes con esculturas de piedra y pequeños templos dedicados a los dioses. Uno de ellos estaba a la orilla de un lago, en una especie de islote que le daba un aspecto mágico, casi inalcanzable, como si no fuera algo real. El de Artemisa estaba en el interior del parque, iluminado con los rayos de sol que ya empezaban a caer con el atardecer. Tiré de la mano de Enzo para poder observar el templo desde dentro. Los dos alzamos la cabeza y nos sentimos pequeños ante lo altas que eran las columnas y lo grande que parecía la bóveda desde allí. Él se resistió un poco, como si no quisiera acercarse, pero acabó aceptando y sonriendo ante lo bonito que era aquel templo. Si había algo a lo que Enzo no podía resistirse era el arte.

En aquella villa estaba situada la Galería Borghese, un museo que pertenecía a la familia con el mismo nombre y que daba cobijo a las obras de artistas como Tiziano, Botticelli y Caravaggio. Las profesoras nos hablaron sobre algunas de las pinturas y esculturas que tenían expuestas, centrándose en las historias que había detrás de ellas para despertar el interés de niños de diez años que pisaban una galería por primera vez.

Hasta aquel entonces, no sabía que algo podía emocionarme tanto, que un lienzo con unos trazos de colores podía hacerme sentir miles de emociones al mismo tiempo. Que el arte era para mí. Encontré en todas aquellas obras algo que no sabía que necesitaba y que al mismo tiempo anhelaba desde hacía tiempo. La pasión con la que mi madre pintaba y con la que mi padre tallaba madera. La pasión de los artistas que retrataban lo que los rodeaba para borrar el polvo del día a día con líneas y manchas.

Entonces, algo encajó dentro de mí y se me saltaron las lágrimas. Los que iban pasando por mi lado me miraron con cejas enarcadas y una expresión de confusión porque, ¿qué hacía una niña de diez años llorando en una galería de arte? Lo que todos ellos no sabían era que, en aquel instante, todo empezó a tener sentido. El porqué de gustarme tanto pintar con Enzo y porqué siempre observaba todo lo que me rodeaba con tanta atención, como intentando aprendérmelo de memoria para después poder plasmarlo en un papel. En aquel instante, decidí que quería vivir con un pincel apoyado en la oreja y colores manchándolo todo.

Solté la mano de Enzo, a la que me había estado aferrando desde que entramos. Me distancié un poco de los otros niños y acabé en una sala que tenía un ambiente diferente, especial. Podría decirse que casi mágico. Sentí lo mismo que en el templo de Artemisa que había en los

jardines de la galería. Un escalofrío me erizó la piel de los brazos y mis pies se movieron solos hacia una escultura de mármol. «*Apolo y Dafne*, de Bernini», decía la placa. Un hombre agarraba a una mujer que se estaba convirtiendo en árbol, con manos que parecían ramas, y raíces en vez de pies. En sus rostros había tantas emociones que me entraron ganas de echarme a llorar allí mismo por todo el dolor que había en ese bloque de mármol.

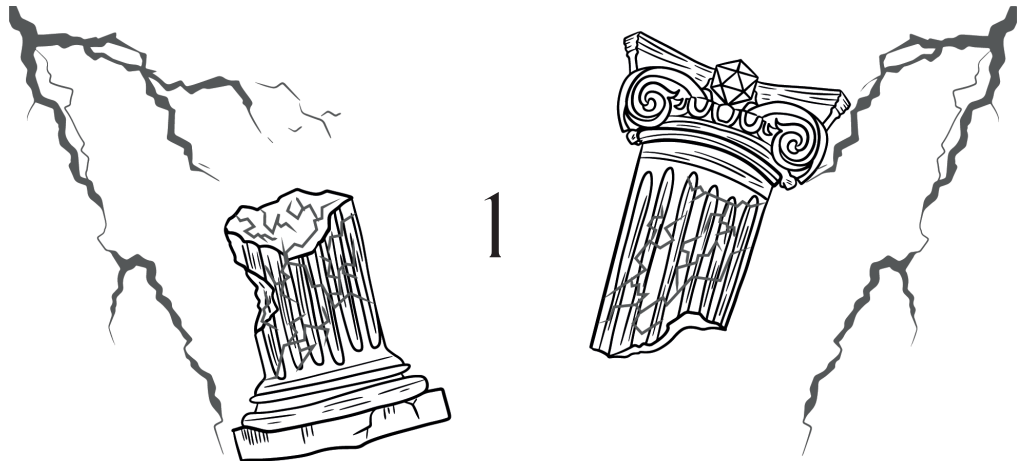
Sentí que alguien me observaba, pero no había nadie a mi alrededor, ni siquiera los guardias que se paseaban por las salas para que nadie se acercara demasiado a las esculturas. Había dejado de escuchar las voces que hablaban sobre las obras en las salas de al lado y me sobresalté al oír en medio de aquel silencio una voz que parecía pertenecer a la escultura. Una voz ligera y alegre, melódica, como una canción en acústico. Me acerqué un poco más para intentar entender lo que me estaba diciendo, pero los acelerados latidos de mi corazón y mi respiración entrecortada sonaban demasiado fuertes por encima de aquella voz.

—Némesis. —Enzo me sacudió un poco los hombros y todo desapareció, tanto la sensación que se había apoderado de mi cuerpo como la voz que parecía haber estado llamándome.

Me sonrió y me dio la mano para volver con el grupo, que seguía ante el mismo cuadro. Aparté lo que

acababa de pasar de mi cabeza y me concentré en lo que la profesora estaba diciendo, pero aquella sensación no abandonó mi cuerpo del todo, ni siquiera con el paso de los años.

La sensación de que había alguien dentro de la escultura pidiéndome ayuda.



—Señorita D’Angelo, entiendo que estás en esta academia porque te gusta dibujar y quieres al arte, pero eso no significa que puedas dejar de atender para trazar unas líneas en tu cuaderno —dijo la profesora en medio de la clase.

Era el primer día tras las vacaciones de verano en las que le había dedicado mucho tiempo a mi familia, especialmente a mis padres. Ellos vivían en un pequeño pueblo llamado Monteriggioni, a una hora en coche de Florencia, ciudad donde se situaba la Accademia di Belle Arti di Firenze en la que me había matriculado hacía ya tres años. A lo largo del curso, apenas podía volver a mi pueblo por todos los deberes y exámenes. Es por eso que, en las vacaciones, apartaba un poco mis pinceles para pasar más de tiempo con ellos.

A pesar de querer tomarme un descanso y desconectar un poco de la pintura tras muchos meses haciendo trabajos para clase, todos los veranos seguía dibujando en mi libreta por las mañanas, acompañando a mi madre, que también pintaba. Cada verano acababa

una libreta de bocetos que guardaba en un cajón con todas las otras que había ido completando a lo largo de los años. Aquello, sin embargo, no era suficiente. Al dejar atrás Florencia, una parte de mí echaba de menos el pasarme horas delante un lienzo y quizás es por eso por lo que, a la media hora de que sonara el timbre de la primera clase, la libreta ya estaba manchada de lápiz.

Todo lo que aprendía en la Accademia me parecía interesante, pero sí es cierto que las asignaturas que se centraban más en la teoría de los materiales, la composición y la anatomía me aburrían un poco. Sabía que eran necesarias, especialmente para una artista como yo, que se apoyaba mucho en la técnica para hacer sus obras. A sabiendas de que necesitaba toda aquella teoría para mejorar mis pinturas, prefería las asignaturas que eran algo más prácticas, basadas en trabajos y entregas, a pesar de que los plazos tan estrechos me estresaban y me hacían quedarme dibujando hasta altas horas de la madrugada. Acompañada de una taza de café y una vela aromática, las horas se pasaban rápido y no había nada que me gustara más que aquello.

—Lo siento, no volverá a pasar —me disculpé. Cerré mi nueva libreta de bocetos y abrí el libro de teoría con un subrayador en la mano.

Atendí hasta que sonó el timbre que indicaba el final de la clase, subrayando y escribiendo toda la infor-

mación que me parecía interesante. Antes de que recogiéramos nuestras cosas, la profesora nos recordó que ya era el momento de empezar a pensar en los temidos trabajos de fin de grado. Aquel año acabaríamos la carrera y para ello teníamos que presentar aquel trabajo que la mayoría dejaban para el final y acababan entregando sin haberle dedicado demasiadas horas. Muchos mecenas se fijaban en los trabajos y algunos hasta asistían a las presentaciones, listos para acoger bajo sus alas a nuevos artistas. Pensar en ello ponía nerviosos a mis compañeros, pero a mí solo me despertaba entusiasmo.

Me despedí de mis compañeras de clase con una sonrisa tras hablar un rato sobre cómo habían sido nuestras vacaciones y me encontré con Enzo en el claustro, un patio interior con un pórtico de piedra bajo el que se encontraban las puertas que daban acceso a las estancias. La Accademia había sido concebida como una *bottega*, un concepto que recordaba a los talleres del Renacimiento en el que todas las artes se entrelazaban. Los estudiantes de pintura, escultura y arquitectura, que eran los tres pilares de la Accademia, representados en el símbolo de tres coronas de laurel entrelazadas, nos congregábamos en aquel claustro al acabar nuestras clases y allí eran donde nacían las mejores ideas.

Enzo estaba apoyado en una pared al lado del Aula Minerva, en la que había moldes de los frisos del

Partenón y copias en yeso de grandes esculturas. Con los mechones rubios cayendo con delicadeza sobre su rostro, dibujaba en la libreta que tenía apoyada en la pierna, absorto de la realidad y de las chicas que, a unos metros de distancia, le miraban y hablaban entre ellas con mejillas coloradas. Enzo no era consciente del efecto que tenía en los que le rodeaban, de que su aspecto de artista bohemio con pantalones de tiro alto y una camisa metida por dentro le hacía brillar por encima de los otros chicos. Él vivía por y para su arte. No tenía ojos para nada más.

Me acerqué a él y Enzo alzó la mirada de la libreta, en la que había un boceto de una de las muchas esculturas que había en el claustro. Sus ojos verdes me sonrieron, tan brillantes como siempre.

—¿Qué tal el primer día? —dijo al mismo tiempo que me pasaba un brazo por los hombros para atraerme hacia él. Las dos chicas que habían estado observándolo arquearon una ceja y se marcharon, negando con la cabeza.

—Ya me han echado la bronca por estar dibujando en clase.

Enzo echó la cabeza ligeramente hacia atrás para reírse y me apretó los hombros con más fuerza.

—Eso significa que bien, entonces. Es como tu firma personal, no hay año en el que no te echen la bronca por no atender en clase.

Le di un golpe en el pecho para intentar hacerme la ofendida, pero acabé echándome a reír con él porque no le faltaba razón.

—¿Cómo ha sido tu mañana? ¿Tranquila o ya os están metiendo caña? —le pregunté.

—La profesora de Técnicas escultóricas ha marcado en el calendario la fecha para entregar el primer trabajo y es dentro de menos de un mes, pero, en verdad, tengo muchas ganas de ponerme a ello. Probablemente lo acabe antes de la fecha. Este año vamos a trabajar mucho el mármol y no tanto la madera y la arcilla.

—¡Eso es genial! Solo espero que no estés siempre manchado de polvo y que no dejes todo el apartamento perdido.

—No eres la más indicada para hablar, ¿sabes?
—Enzo enarcó una ceja y el verde de sus ojos adquirió un tono más intenso—. ¿Te recuerdo que el año pasado manchaste el sofá de pintura acrílica?

—¡Solo lo manché un poco! —exclamé.

—Si con un poco te refieres a medio sofá...

—¡Enzo! —Abrí mucho la boca y él me la tapó con la mano para que dejara de hacer tanto escándalo, pidiéndome por favor que bajara la voz.

Los artistas que había en el claustro nos observaban con expresiones divertidas y no había nada que Enzo odiara más que las miradas de desconocidos sobre

él. Nos marchamos tras prometernos seguir con esa conversación más tarde, a sabiendas de que la ganaría él porque la mancha seguía en el sofá con un color un poco más tenue, pero sin haber sido capaces de borrarla.

—Creo que ya sé de qué voy a hacer mi trabajo de fin de grado —le dije, dando pequeños saltitos de emoción porque había estado pensando en ello todo el verano y estaba deseando contárselo. Enzo asintió para que siguiera hablando—. Tengo una idea que podría hacer que algún mecenas se interesara en mí. Me gustaría intentar retratar en varios lienzos el alma de las esculturas de museos de toda Italia con diferentes técnicas. Las esculturas... tienen tantas emociones y tanta vida en ellas que creo que podría quedar increíble. Estaría a medio camino entre las dos artes.

Todos los que nos adentrábamos en la carrera de Bellas Artes empezábamos aprendiendo pintura, escultura y arquitectura por igual porque en la Accademia consideraban que para ser un buen artista teníamos que conocer los aspectos básicos de esos tres pilares para, más adelante, poder decantarnos por un camino o por otro tras habernos adentrado un poco en todos. Al final del segundo año, nos ofrecían la posibilidad de especializarnos o de seguir tratando las tres artes como hasta entonces.

Nosotros lo habíamos tenido claro desde el principio y nuestra opinión no cambió en esos dos primeros

años. Enzo se especializó en escultura porque él estaba hecho para tallar cuerpos y emociones en mármol. Era lo que mejor se le daba y lo que le llenaba por dentro. Lo que le hacía feliz y conseguía despertarlo por las mañanas con una sonrisa, el sentarse delante de un bloque sin vida con un cincel en la mano y darle alma. Yo, al igual que él, seguí lo que me pedía el corazón y decidí centrarme en la especialidad con la que había empezado todo: la pintura. A pesar de ello, una parte de mí no era capaz de dejar atrás del todo la escultura, en parte porque la pasión de Enzo era contagiosa.

—Para eso tendré que ir a varios de esos museos porque no puedo pintar todas esas esculturas sin referencias reales.

Algo cambió en el rostro de Enzo. Quizás otra persona no se habría percatado de ello, pero yo le conocía mejor que nadie y sabía que algo le preocupaba. Tensó la mandíbula y aparecieron gotas de pintura negra en sus ojos verdes, manchándolos y enturbiándolos.

—¿Pasa algo? —Él negó con la cabeza y siguió caminando hacia la salida de la Accademia como si nada. Tras haberme quedado un poco atrás, le alcancé y le agarré el brazo para que se girara. Enzo se apoyó en una pierna y se rascó el cuello, sin mirarme a los ojos—. Enzo, puedes contármelo.

—Es una buena idea, pero los profesores quizás

no entiendan por qué quieres retratar esculturas si te estás especializando en pintura. Además, no creo que tengas tiempo para ir a tantos museos. Ya nos han avisado de que este año es el más ajetreado de todos, entre las asignaturas y el trabajo.

Enarqué una ceja porque aquellas palabras no sonaban como algo que él diría. Enzo me animaba en todos mis proyectos, a hacer lo que me nacía de dentro sin pensar en lo que podría pasar porque a quien tenían que gustarle mis obras era a mí misma. Sí, pintaba para poder abrir mi propio taller algún día, pero también pintaba para mí. Para sacar todas las ideas que tenía en la cabeza y así poder respirar tranquila, sin tantas historias por contar gritando en mi pecho, con ansias de salir.

Sentí una mezcla de confusión y tristeza porque pensaba que él me apoyaría, como siempre hacía. Era mi mejor amigo, la persona que más me conocía y a la que siempre le contaba lo que se me pasaba por la cabeza, sin callarme ni una sola palabra. No esperaba estar siempre de acuerdo con él en todo y sí que nos peleábamos a veces, pero al final del día seguía siendo mi mejor amigo. Mi mayor apoyo y mi mayor inspiración. Si él no confiaba en mí para algo tan importante como aquello, si él no pensaba que podría ser capaz de hacerlo, nadie más lo haría.

Abrió mucho los ojos ante todas las emociones que pinté en mi rostro y se acercó para abrazarme.

—Lo siento —dijo con un suspiro—. Es solo que no quiero que pases tantas noches despierta como el año pasado, acabas agotada.

—Ya he renunciado a muchas horas de sueño a lo largo de la carrera, creo que unas pocas más no me harán daño. Además, este trabajo es algo que tengo muchas ganas de hacer y todos los sacrificios merecerán la pena.

—Está bien —aceptó Enzo—. Es imposible hacerte cambiar de opinión. No esperaba menos de la persona más testaruda que conozco.

—¿Me ayudarás? —Lo miré con los ojos brillantes, a sabiendas de que Enzo no era capaz de decirme que no cada vez que lo hacía—. Puedo ir a los museos yo sola, pero me gusta hacerlo contigo. Ves cosas en las esculturas que yo no veo y eso me ayuda mucho.

—Ya sabes mi respuesta, Nem. —Enzo sonrió y volvió a pasarme el brazo por los hombros para atraerme hacia sí, tras morderse ligeramente el labio y mirarme con algo de nerviosismo, como si algo le preocupara y no quisiera contármelo.

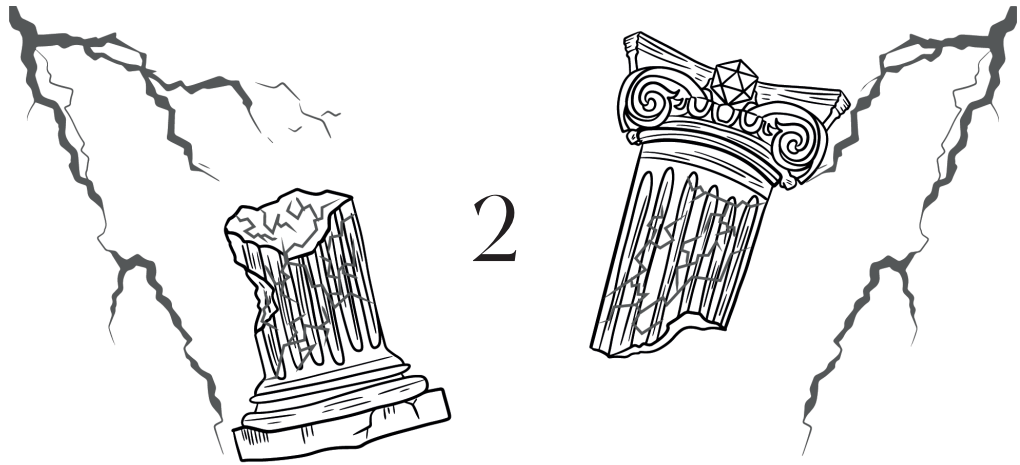
Yo forcé una sonrisa y salimos de la Accademia para adentrarnos en las calles de Florencia, en las que había personas de todas las edades, desde padres con sus hijos paseando hasta ancianos sentados en los bancos y jóvenes en los bares.

La tensión de su cuerpo y las palabras sin pronunciar que había entre nosotros despertaron una sensación rara en mi pecho que no había sentido antes y que no me gustó en absoluto.

Enzo no solía hablar demasiado sobre sí mismo. Era callado y en apariencia quizás algo frío debido a ello. Se le daba mejor escuchar que intentar encontrar qué decir, porque muchas veces el simplemente estar ahí, escuchando y apoyando con pequeños gestos, vencía a las palabras huecas y vacías que otros pronunciaban. Era de los que lidiaban con todo en soledad, sin pedir ayuda, y eso muchas veces le hacía más daño, porque todos necesitábamos apoyarnos en alguien de vez en cuando. Sentir que alguien nos entendía.

Había tardado muchos años en abrirse a mí, en aceptar la mano que le ofrecía. En confiar en mí. Había acabado haciéndolo y desde entonces nos lo contábamos todo. Lo bueno y lo malo. En aquel instante, sin embargo, se abrió una brecha entre nosotros. Una brecha que no sabía cómo arreglar y que hizo que me sintiera lejos de él, como si cientos de kilómetros nos separaran sin piedad.

Una brecha que acabaría rompiéndonos en pedazos a los dos. A él y a mí. A los mejores amigos que pensaban que estaban a salvo de los hilos del destino, pero para los que las moiras tenían otros planes, manchados de sangre y traición.



Los ruidos y las canciones de Florencia me despertaron a primera hora de la mañana tras un largo sueño que enseguida se emborronó en mi mente. Al incorporarme de la cama, solamente recordaba algunos retazos confusos: unos ojos parecidos a los míos y un águila sobrevolando un templo. Tracé algunas líneas en la libreta que siempre tenía en la mesilla, algo torpes y poco definidas en un intento de captar lo máximo posible de aquel sueño antes de que desapareciera por completo y así poder pintarlo más tarde con tranquilidad.

Me asomé por la ventana de mi habitación y me quedé ahí un buen rato, simplemente observando la Catedral de Santa María del Fiore, más conocida como el Duomo de Florencia, una de las construcciones más importantes de toda la ciudad y una de las obras de arte más majestuosas de toda Italia.

Habíamos encontrado aquel apartamento casi de milagro. Antes de entrar en la carrera, porque los dos teníamos claro que nos iban a coger con los exámenes que

habíamos hecho, nos sentamos en el porche de mi casa de Monteriggioni y clicamos en todas las páginas web de alquiler que había por internet. Todas las ofertas eran demasiado caras o estaban mal situadas, a más de una hora del centro de la ciudad y de la Accademia.

Entonces, aquel apartamento apareció en la pantalla del ordenador y nos robó el aliento. Era todo lo que habíamos soñado y más. En apenas unos pocos segundos ya estábamos llamando al propietario, un hombre que se había marchado de la ciudad para vivir en el campo. Nos lo alquiló por un precio mucho menor al que valía aquel apartamento. Cuatro años después, seguía sin saber por qué había sido tan amable con nosotros. Quizás porque escuchó la emoción en nuestras voces al contarle que queríamos estudiar Bellas Artes en Florencia y que, al hacernos famosos, le regalaríamos nuestras obras para que las colgara en su casa de campo.

Algo aturdida y con los ojos aún entrecerrados, abrí la puerta del ático, una pequeña habitación de techo bajo y con una claraboya por la que entraba la luz que era como mi estudio. Estaba a rebosar de lienzos en blancos y obras ya acabadas, además de todo tipo de pinturas y pinceles en botes de metal, estuches manchados y cajones rotos. Mi estudio era un caos, pero un caos ordenado, de esos en los que solo quien lo conoce sabe encontrar lo que necesita. Enzo había intentado ayudarme a organizar todo

mi material varias veces, pero no había manera. Al pintar, lo ponía todo patas arriba y él había acabado desistiendo.

Me senté delante de uno de los muchos lienzos y cogí una paleta en la que ya se estaban secando los colores. Saqué mis óleos de un cajón y dejé que mi mano se moviera sola, arrastrando el pincel por encima del blanco. Pintar lo primero que se me pasaba por la cabeza era algo que hacía prácticamente todos los días, y no siempre salía bien. La mayoría de los lienzos acababan en un rincón con trazos que no tenían sentido y que tampoco había manera de arreglar, pero así también era como nacían algunas de mis pinturas favoritas.

Basándome en el dibujo improvisado que había hecho en mi libreta al despertarme, aquel día los colores salpicaron el blanco del lienzo hasta que acabaron retratando el rostro de una mujer, demasiado bien definido como para haberlo hecho sin referencias reales y sin apenas pensar. Tenía un casco sobre los mechones castaños y su mirada era severa, fuerte. No era la primera vez que la dibujaba. Tenía muchos bocetos y dibujos a medio acabar con esos mismos rasgos. No sabía quién era ni por qué conocía su rostro tan bien, pero despertaba en mí sensaciones que no entendía y a las que no era capaz de ponerles nombre.

Enzo entró en el ático, acercándose con los mechones rubios despeinados y una de esas sonrisas que

eran como un abrazo y me despertaban paz. Cogió un taburete para sentarse a mi lado y observó el lienzo. Su rostro se crispó al caer en que se trataba de la mujer que dibujaba siempre y se pasó una mano por el pelo, algo nervioso. Le había hablado de ella muchas veces, pero él, al igual que yo, no sabía quién era y por qué se presentaba en mis sueños.

—¿Ella otra vez? —Yo asentí y solté un suspiro—. ¿Qué te parece dar un paseo? Así te despejas un poco, y la verdad es que yo también lo necesito. Me he despertado sin una sola idea para el primer trabajo de este año.

Asentí y nos internamos en las calles de Florencia tras bajar las escaleras que daban a la Piazza del Duomo. Aquella era nuestra tradición cada vez que uno de los dos se sentía bloqueado o simplemente necesitábamos respirar hondo antes de seguir estudiando. Florencia era la capital del arte, con esculturas en todos los rincones que nos daban la inspiración que necesitábamos en las épocas de estrés y mucho trabajo, especialmente a Enzo. A mí me inspiraba prácticamente todo lo que me rodeaba, desde las personas que me encontraba por la calle y las historias que se iban contando hasta un atardecer o las flores el primer día de primavera. Para Enzo no era tan fácil. Él era de esos artistas pasionales que tienen que sentir todo lo que hacen. No era capaz de esculpir sin el corazón pal-

pitándole a toda velocidad en el pecho y sin una historia que le emocionara, que le hiciera estremecerse.

En esos momentos en los que no era capaz de esculpir, yo siempre estaba ahí para él y le daba la mano para caminar por Florencia, porque él hacía lo mismo por mí. Había días en los que no tenía ganas de coger un pincel y sentarme delante de un lienzo. Me despertaba sin ideas y a lo largo del día tampoco aparecían esas chispas que me incitaban a salir corriendo hacia el ático para pintar.

No había nada que me aterrara más que un lienzo en blanco riéndose de mí, el sentirme bloqueada y el odiar todo lo que hacía. Me había pasado varias veces. Había semanas enteras en las que no podía pintar y en las que Enzo se quedaba sentado a mi lado, animándome y pronunciando palabras tranquilizadoras. Me decía que era una artista y que el arte corría por mis venas, que aquella mala etapa se acabaría y que volvería a pintar como antes.

Hacía tiempo que no tenía un bloqueo de esos que me paralizaban y me hacían sentir que no valía nada, que lo que hacía no era arte de verdad. Solo esperaba no volver a tener uno en mucho tiempo porque no había nada peor que eso.

El centro estaba lleno de personas que habían elegido la ciudad florentina, algunas para vivir y otras para pasar unos días. Lo habían hecho por diferentes razones,

desde la gastronomía hasta los paisajes. Al final todos acababan enamorados del arte y del ambiente que se respiraba, del frescor mezclado con un olor antiguo. Yo me enamoré de Florencia la primera vez que la pisé y seguía enamorándome de ella cada día: al sentarme en una terraza a tomar un café, al observar las esculturas que contaban grandes historias y al perderme por calles que no conocía.

Uno de mis sitios favoritos y también uno de los de Enzo era la Piazza della Signoria. Los arcos de la Loggia de Lanzi, una galería a cielo abierto, protegían las obras de arte que había bajo ellos y la majestuosidad del Palazzo Vecchio no podía compararse con nada más. Siglos atrás, aquel palacio había dado cobijo a la familia Medici, los mejores mecenas de Florencia que habían contribuido al arte italiano como nadie antes.

De alguna manera, siempre acabábamos en aquella plaza. Los ojos de Enzo cambiaban como si las esculturas de mármol pronunciaran su nombre, iluminándose con un brillo que solo aparecía en aquel verde cuando algo realmente le emocionaba. Se situó ante *Menelao sosteniendo el cuerpo de Patroclo*, una escultura desgarradora. Preciosamente trágica, decían algunos.

La guerra de Troya era una de sus historias favoritas. Le apasionaba todo el arte relacionado con ella, especialmente con el personaje de Patroclo. Empatizaba con él más que con los otros personajes de la Antigua

Grecia, con tanta intensidad que hasta se le saltaban las lágrimas al observarlo, y una parte de él sentía su mismo dolor. Quizás porque Patroclo se sacrificó por los suyos al ponerse la armadura de Aquiles para morir bajo la espada de Héctor de Troya y no había nada más honorable que eso: morir por la persona a quien amaba a sabiendas de que jamás volvería a abrazarla.

Apoyé mi barbilla en su hombro tras haber paseado alrededor de las otras esculturas. Enzo ya había hecho un boceto del rostro de Patroclo, en el que había miedo y también alivio, porque sabía que, así, Aquiles encontraría la razón que necesitaba para lanzarse a la batalla contra los troyanos. Al lado había dibujado a otro hombre. Por cómo los rizos rubios caían sobre sus hombros y su rostro estaba roto por el dolor ante la muerte de su amante, sabía que era Aquiles. Entonces, una lágrima cayó sobre mi brazo y miré a Enzo, que se había emocionado. Se las borré con los dedos y él me sonrió. Le pasé mis brazos por el torso para atraerlo hacia mí. Enzo me estrechó con fuerza y soltó un largo suspiro.

—Es increíble lo bien que captas los sentimientos, y eso es porque también los sientes con intensidad —le dije al oído y él se estremeció.

—Ya sé de qué voy a hacer mi trabajo, Nem. —Se apartó para poder mirarme a los ojos, que seguían brillando por las lágrimas—. Quiero hacer esculturas de

los personajes más importantes de la *Iliada*, pero solamente de sus rostros. De lo que sintieron en esos largos años de guerra.

—Es una idea increíble, Enzo. No puedo esperar para presenciar cómo la haces realidad. No te deshidrates en el proceso, ¿vale? —Ante mi broma, Enzo soltó una de esas carcajadas tan escasas en él que grababa en mi memoria para poder recordarlas siempre—. Te llevaré una botella de agua grande a la habitación todos los días.

—¿Qué te parece si vamos a la clase magistral de esta tarde? —Enzo alzó una ceja y se acercó un poco más a mí—. Hay varios carteles por la Accademia y parece interesante.

—¿De qué es?

—Mitología griega en la escultura italiana. Nos podría ayudar bastante a los dos con nuestros trabajos —le dije con una amplia sonrisa y las ganas dibujadas en mi rostro. Enzo se quedó callado por unos instantes.

—Se está haciendo tarde y me gustaría sentarme a pensar en esta idea, ahora que me siento algo más inspirado. —Se rascó el cuello como hacía siempre que estaba nervioso y algo le inquietaba.

Era la segunda vez que no estaba siendo sincero conmigo en apenas una semana y eso dolía. Dolía muchísimo.



Tras haberle prometido que esa noche escogería él la película, acabó aceptando. La sala estaba a rebosar de compañeros que también se habían acercado hasta allí, a pesar de que esa clase no estaba en el programa lectivo y no era algo obligatorio, probablemente porque muchos de nosotros estábamos interesados en la mitología y en su relación con el arte.

La mayoría de los asistentes se conocían y hablaron sobre las vacaciones de verano. Yo me acerqué a unas compañeras de clase, que me saludaron con entusiasmo. Enzo quedó al margen, abriendo su libreta antes de que el ruido de los tacones de la profesora al entrar en la sala rompiera las conversaciones por la mitad.

Con una presentación en la que había fotografías y algo de información escrita, nos habló sobre esculturas que estaban basadas en mitos griegos. A lo largo de casi dos horas me dejé la mano escribiendo todo lo que decía y Enzo, que al principio no quería ir a aquella clase, asentía y sonreía, entusiasmado por todas aquellas historias que en realidad ya conocíamos, pero de las que no nos cansábamos.

—Todos habréis oído hablar de Medusa, especialmente en una ciudad como Florencia, que tiene la

escultura *Perseo con la cabeza de Medusa* en la Piazza della Signoria. Medusa era una de las tres gorgonas, criaturas feas y horripilantes con pelo de serpientes, colmillos de jabalí, manos de bronce y alas doradas. Ella, sin embargo y a diferencia de sus hermanas, era una mujer bella y con muchos pretendientes, sacerdotisa de la diosa Atenea. Un día, se quedó embarazada de Poseidón. Atenea, que no tenía una buena relación con su tío por luchas de poder y egos divinos, se enfadó y convirtió a Medusa en una criatura horrible como las otras dos gorgonas. Afrodita, celosa de todos los pretendientes de Medusa, le cambió su pelo por unas serpientes venenosas. Medusa, entonces, se instauró en unas tierras cercanas al Inframundo, despertando miedo y causando estragos con su poder de convertir en piedra a quien la mirara a los ojos.

—Disculpe —intervino Enzo, alzando la voz para que desde la fila en la que estábamos le oyera bien. Me sobresalté al escucharlo y le miré con una ceja enarcada. Él no solía hacer comentarios en clase. Solía quedarse callado, absorbiendo la información—. He leído que, en realidad, los convertía en mármol, no en piedra.

—Eso no tiene sentido, jovencito. Medusa era una gorgona, al fin y al cabo.

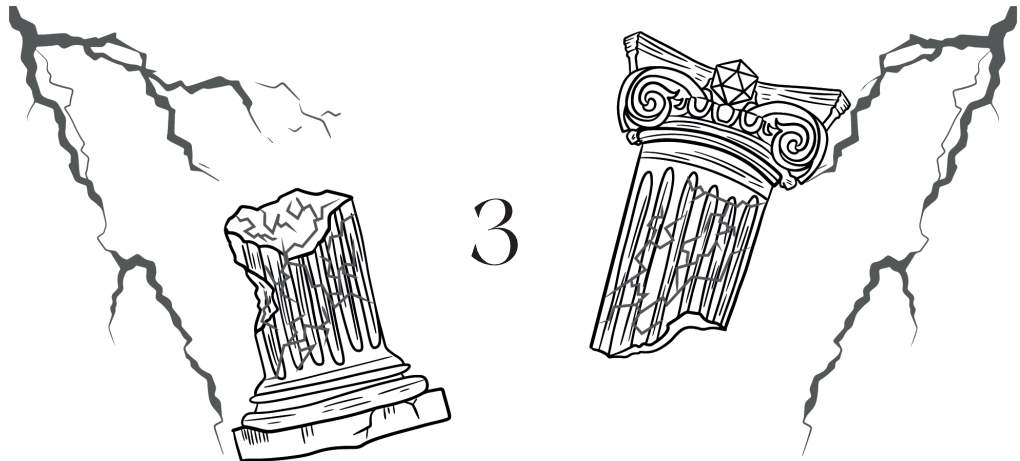
—No era como las otras gorgonas.

—Acabó siéndolo, y el héroe Perseo, enviado por Atenea, se introdujo en su guarida para acabar con

ella y la amenaza que representaba para todos. Gracias al escudo reflector de Atenea, a las sandalias voladoras de Hermes, a la espada de Hefesto y al yelmo de invisibilidad de Hades, le cortó la cabeza de un solo tajo. Su cabeza siguió teniendo el poder de convertir a quienes la miraban en piedra, y Atenea hizo de ella un símbolo en su escudo con el que recordar que la villana había sido derrotada bajo sus órdenes.

El lápiz que Enzo tenía en la mano se partió por la mitad. Se le escapó un débil quejido de dolor cuando las astillas se le clavaron en la palma y se movió con tanta brusquedad que se le cayeron los folios al suelo. Los recogió rápidamente bajo las miradas de todos y alzó la mano de la que caía un hilo de sangre. Intenté bajarle el brazo para taponar la herida con un pañuelo, pero él se resistió hasta que la profesora le dio la palabra.

—Me gustaría discrepar. Perseo, en realidad, entró en su guarida por la noche y la atacó sin apenas darle la oportunidad de pelear. Quizás él no es el héroe que todos piensan que es y los mitos no son del todo ciertos.



—¿Qué ha sido eso?

Enzo salió del despacho de la profesora media hora más tarde. Le había estado esperando con una sensación extraña en el cuerpo, que no desapareció al oír la puerta al abrirse. Enzo no me dijo nada, simplemente se colgó el asa de la mochila en el hombro y pasó por delante de mí para ir hacia la salida de la Accademia. Le seguí y me situé delante de él para que parara, mirándolo con severidad. Me estaba cansando de que no me dijera qué le pasaba y de sentir que cada vez se alejaba más de mí sin poder hacer nada para arreglar lo que nos estaba rompiendo.

Desde que había regresado de estar con su familia en Grecia en las vacaciones de verano no era el mismo Enzo de siempre.

Intentó rodearme, pero yo me moví para que no lo hiciera, bloqueándole con mi cuerpo. Enzo suspiró y cerró los ojos por unos instantes en los que simplemente lo observé. Había tensión en su mandíbula y la indecisión

estaba pintada por todo su rostro, como si se debatiera consigo mismo sobre si contármelo o no. Yo siempre era paciente con él, le daba su espacio hasta que se sintiera listo para abrirse conmigo, pero hacía ya varios días que me estaba apartando y que se encerraba más en sí mismo de lo normal. No podíamos seguir así.

—Es solo que no me gusta que cambien las historias de esa manera, que las cuenten de tal manera que no se parezcan en nada a la realidad.

—Son mitos, Enzo. —Le acaricié la mejilla y él se estremeció—. No pasaron de verdad.

—Lo sé. —Aquellas dos palabras sonaron forzadas, como si no se las creyera. Decidí dejarlo pasar porque no quería pelear con él y menos sobre algo con tan poca importancia.

Eso era lo que creía por aquel entonces, que no tenía importancia. Que esa pequeña discusión en unos días tan solo sería un recuerdo emborronado en mi mente, pero lo que no sabía era que volvería para atormentarme. Para hacerme sentir estúpida porque quizás las cosas podrían haber sido diferentes. Podría haber esquivado todo el dolor y todas las lágrimas que siguieron a aquello, el sabor de la traición en mi lengua y el arrepentimiento de no haber intentado alcanzarlo, a él y a lo que no me estaba contando.



Aquella noche, tras acabar la película que, tal y como le había prometido, escogió Enzo entre nuestra lista de pendientes, le propuse un plan algo disparatado. Una pequeña locura, de esas que se nos ocurrían de repente y a las que nos lanzábamos sin pensárnoslo demasiado. Él me miró con el verde de sus ojos reluciendo bajo la luz de la chimenea y apoyó la barbilla en la palma de su mano para poder mirarme mejor.

—¿Por qué no cogemos el coche a primera hora de la mañana y nos vamos a Roma? Hace meses que tenemos planeado ir, pero con los exámenes nos fue imposible. Sería la primera parada para mi trabajo de fin de grado, y también podría ayudarte con el tuyo, hay muchas esculturas de la *Iliada*.

El rostro de Enzo se ensombreció ante mis palabras y pensé que me diría que no, pero aquella sombra desapareció y me sonrió de esa forma tan suya antes de asentir.

Dormimos poco por los nervios y porque nos quedamos hasta tarde acabando de planificar qué íbamos a hacer. Cogimos el coche de madrugada, ya que nos es-

peraban más de tres horas en la carretera. Nos dejamos la garganta, entonando las canciones que sonaban por la radio y riéndonos a carcajadas como en los viejos tiempos. Como todas esas veces en las que mis padres nos llevaban a los pueblos que estaban alrededor de Siena y de Monteriggioni para pasar unos días, con mi padre al volante y nosotros dos en los asientos traseros. No había nada que me gustara más que esos instantes en los que simplemente éramos nosotros dos, con el viento que entraba por la ventanilla acariciándonos y la felicidad pintada por todo nuestro rostro.

Siguiendo la estela del río Tíber, llegamos a la capital. Se decía que todos los caminos acababan en Roma, pero para nosotros esa frase tenía un significado diferente. Más especial. Estábamos enamorados de Florencia y de su arte, de toda ella, pero nuestro sueño era y siempre había sido Roma. De pequeños decíamos que algún día, al acabar la carrera, encontraríamos trabajo en la ciudad de Rómulo y Remo. Que nos abriríamos hueco entre todos los artistas que, al igual que nosotros, querían ser recordados por sus obras.

Al crecer y hacernos mayores, entendimos que las cosas no eran tan fáciles y que probablemente pasaríamos desapercibidos como muchos otros artistas sin nombre. Habíamos hecho las paces con esa parte más infantil y soñadora de nosotros mismos que quería bri-

llar, y aceptamos que, quizás, nuestro destino no era ese. Que con rozar el alma de unas pocas personas con lo que hacíamos era suficiente. Que sentirnos satisfechos con nuestro arte era suficiente.

Aun así, nuestro objetivo seguía siendo Roma y aquel día nos recibió con nubes escondiendo el sol y algunas gotas de lluvia.

Tras aparcar y dejar nuestras mochilas en la habitación que alquilamos la noche anterior a las tantas de la madrugada, nos perdimos por las calles que ya habíamos caminado de niños y que nos seguían haciendo sentir que podíamos con todo.

En nuestra primera parada, la Piazza Navona, en la que siempre había muchos artistas ambulantes, me encontré con alguien a quien conocía, un rostro familiar.

—¡Bianca! —la llamé. Ella se giró y soltó el pincel. Salió corriendo para abrazarme con una sonrisa—. No sabía que seguías retratando en la calle.

Nos habíamos conocido hacía ya más de tres años. Al pasear por la ciudad en el verano antes de marcharme a Florencia para hacer Bellas Artes, sus obras me fascinaron. Tenía varios cuadros en unos caballetes de madera y mis pies caminaron solos hasta que acabé pidiéndole un retrato, que seguía decorando una de las paredes de nuestro apartamento. Le había dicho que en apenas unas semanas empezaría la carrera y, tras toda la

tarde charlando sobre arte, nos dimos los teléfonos para poder seguir hablando con la otra a distancia. Apenas unos meses después, me enteré de que un mecenas se había quedado prendado con sus retratos y que desde entonces había tenido clientes más importantes que también pagaban mucho mejor su tiempo y esfuerzo.

—De vez en cuando también me gusta recordar de dónde vengo. Ya sabes que me cuesta mucho quedarme quieta. —Bianca nos dio la bienvenida a su pequeño puesto callejero con los brazos abiertos y dediqué unos segundos a observar algunas de las obras que tenía para captar la atención de los viandantes.

Enzo se había quedado un poco rezagado, pasándose una mano por el cuello con nerviosismo y la mirada fija en las baldosas del suelo. Le di la mano para que se acercara y él entrelazó los dedos con los míos.

—Te presento a Enzo, mi mejor amigo. —Enzo asintió con la cabeza para saludarla, pero no dijo nada.

No se le daba demasiado bien entablar conversaciones con personas desconocidas, hasta con algunos de sus amigos que también se iban a especializar en escultura y con los que coincidía en varias clases. Él necesitaba conectar con las personas de una manera especial antes de poder abrirse y sentirse cómodo. Solo lo había hecho conmigo y me sentía agradecida por su confianza, tanto que jamás sería capaz de expresarlo con palabras.

—Es la primera vez que nos vemos, pero es como si ya te conociera. Némesis siempre está hablando sobre ti. —Le di un pequeño codazo a Bianca y las dos nos reímos porque tampoco le faltaba razón. Las comisuras de los labios de Enzo se alzaron y aquello era suficiente para saber que le había hecho gracia.

—Espero que dijera cosas buenas —bromeó Enzo con una ceja enarcada y un tono divertido en su voz.

—Quizás no todas. —Bianca le siguió el juego y Enzo sonrió con más fuerza.

—¿Os podréis quedar media hora? —nos preguntó Bianca. Asentí con entusiasmo y Enzo hizo lo mismo y metió las manos en los bolsillos de los vaqueros—. Me gustaría hacer un retrato de los dos. Estoy segura de que tenéis pocas fotos juntos, es lo que suele pasar con los mejores amigos.

Nos sentamos en unos taburetes que tenía preparados, uno al lado del otro.

Con un lápiz hizo un boceto rápido, inclinándose ligeramente sobre el lienzo. Yo acerqué mi cabeza a la de Enzo hasta apoyarme en su hombro y tomé una larga bocanada de aire cuando él rodeó los míos con un brazo para atraerme hacia sí. Dejé que me arropara y solté el aire, sintiéndome como en casa. Nos quedamos así un buen rato, simplemente siendo conscientes de la presencia del otro y

de las voces de las personas que pasaban caminando por allí. Algunas nos miraban con una sonrisa, quizás pensando que éramos una pareja. Enzo se sonrojó varias veces, manchando su piel pálida de un tono rojizo. Me reí en voz baja y él también se rio y todo su rostro se iluminó al hacerlo.

Los colores desaparecieron de la paleta de Bianca que, atrapada por el cuadro que estaba haciendo, no paraba de mover la mano a una velocidad vertiginosa. Entonces, de repente, dejó el pincel a un lado y asintió una sola vez, como si se sintiera satisfecha. Se levantó y giró el atril para que admiráramos el retrato.

Al principio me sentí un poco abrumada ante tantos colores, pero después abrí la boca por el asombro y solté un pequeño grito de emoción. Me levanté del taburete y me acerqué para poder apreciar mejor los detalles. Enseguida noté la presencia de Enzo detrás de mí.

—Bianca, es increíble—susurré al mismo tiempo que recorría algunos de los trazos con los dedos, pero sin tocar el lienzo porque la pintura seguía fresca.

Los dos estábamos sonriendo y nuestros ojos brillaban igual que las pequeñas estrellas que había dibujado a nuestro alrededor. Allí estaban las constelaciones de Aries y de Virgo, entrelazadas entre sí, nuestros signos solares con los que nos sentíamos tan identificados que casi parecía que las estrellas se habían alineado para que nacióramos esos días. Mechones castaños caían so-

bre mis hombros en delicadas ondas y se mezclaban con los rubios de Enzo, que, en vez de mirar hacia adelante, me estaba mirando a mí. Había algo en aquellos ojos verdes que iba más allá del cariño que debería haber entre dos mejores amigos. Más allá de todas las veces que nos habíamos dicho «te quiero» casi sin pensar porque para nosotros era algo normal y cotidiano. Sentí mariposas en el estómago, de esas de las que hablaban los libros y las películas, haciéndome cosquillas con sus alas. Sentí tanto en tan poco tiempo que todas esas emociones me abrumaron y me robaron un poco el aliento.

Enzo se ofreció para pagar el retrato, pero Bianca se negó a aceptar nuestro dinero diciendo que era un regalo. Enzo se alejó un poco con el lienzo enroscado debajo de un brazo y Bianca me susurró unas palabras al oído.

—¿Te has fijado en cómo te mira? Creo que he conseguido retratarlo bien.

—Solo somos amigos —le respondí, a pesar de que desde hacía un tiempo mis sentimientos hacia Enzo eran un batiburrillo confuso que no sabía ordenar.

No había un momento de mi vida en el que no recordara tener a Enzo a mi lado. Siempre había estado ahí para mí, desde que nos conocimos en el primer año del colegio. Mi familia era de Monteriggioni, pero había ido al colegio de Siena, que estaba apenas a veinte minutos en coche. Enzo había nacido en aquella ciudad

y me había acogido con los brazos abiertos, llevándome sus rincones favoritos para que yo también sintiera que formaba parte de sus calles.

Seguía recordando el día que nos conocimos. Yo estaba pintando en un folio con pinturas acrílicas que había encontrado por la clase antes de que sonara el timbre y entrara la profesora. Enzo se sentó a mi lado con una sonrisa algo tímida y simplemente me observó con su rostro apoyado en las manos por un buen rato. Le ofrecí las pinturas y acabamos aquel dibujo que no tenía ni pies ni cabeza entre los dos y que, años más tarde, colgamos en el salón de nuestro apartamento para recordar aquel día cada vez que alzábamos la mirada de la televisión. A partir de entonces, nadie logró separarnos. Lo hacíamos todo de la mano del otro y seguimos siendo los mejores amigos hasta que acabamos el instituto y continuamos con nuestra vida siguiendo caminos paralelos.

Quizás el habernos encontrado y el haber entablado esa primera conversación sobre por qué el morado debería considerarse un color diferente del lila había sido cosa del destino, porque estábamos hecho el uno para el otro. Yo no creía en tales cosas, y a pesar de ello, pensaba que algo debió pasar en las estrellas para que mis padres decidieran mandarme al colegio de Siena y a no al de otra ciudad cercana a nuestro pueblo.

Era cierto que, desde que solo éramos nosotros

dos en Florencia, algo había cambiado. No sabría decir exactamente el qué y tampoco describirlo con palabras, pero la atmósfera que había entre nosotros era diferente a la de años anteriores. Quizás era debido a los roces inocentes cuando nos tirábamos en el sofá para hacer una larga sesión de cine y a las miradas que tardaban en apartarse más de lo normal, a los besos en la frente que quedaban marcados en mi piel con un cosquilleo.

No le había dado importancia a las emociones que reinaban en mi pecho cada vez que estábamos solos hasta que, en aquel instante, mis ojos analizaron cada detalle de él. Enzo caminaba entre los puestos de artistas callejeros con nuestro retrato debajo del brazo, una sonrisa reservada y los mechones rubios recogidos en un pequeño moño, apartándoselos del rostro. Con esa camisa holgada y esos pantalones que se ajustaban a su cuerpo, parecía uno de esos artistas bohemios que eran felices simplemente al observar el trabajo de otras personas y que podría permanecer allí hasta que el sol desapareciera por el horizonte, rodeado de arte hasta que él mismo se transformara en una de esas obras.

Bianca carraspeó. Me sobresalté y ella me regaló una sonrisa que hizo que me ruborizara ligeramente.

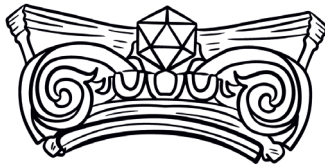
—Tal vez estos días en Roma os ayuden a aclararos un poco las ideas. Quiero estar informada de todo lo que pase, ¿vale? —me dijo al darme un abrazo de

despedida antes de girarse para atender a un matrimonio que se había acercado para comprar una de sus pinturas.

Mis brazos rodearon la cintura de Enzo tras alcanzarlo y sentí la vibración de su risa en mis manos, en todo mi cuerpo.

—¿Siguiente parada? —pregunté, a pesar de que ya sabía la respuesta.

—El Museo del Vaticano.



Con nuestras libretas y lápices listos para captarlo todo, nos adentramos en los pasillos de uno de nuestros museos favoritos. Apenas lo habíamos visitado un par de veces con anterioridad y habían pasado un par de años desde entonces. Aun así, recordaba con total claridad la sensación que se había instaurado en mi cuerpo la primera vez que pisé el Vaticano. Una mezcla de reconforto y anticipación por perderme en aquella realidad paralela en la que solo había mármol y pintura.

Empezamos directamente en el Braccio Nuovo, una galería con techos abovedados y mosaicos romanos que habían restaurado unos años atrás y que había vuelto a abrir sus puertas al público todavía más impecable y re-

gia, si es que eso era posible. Me quedé con la boca abierta ya solo ante la arquitectura de la galería, que había estudiado en una asignatura de la carrera. Se consideraba uno de los ejemplos más importantes de la arquitectura neoclásica romana gracias al mármol que impregnaba todos los rincones y a los vivos colores que recordaban a la Antigua Roma, creando un ambiente histórico en el que fácilmente podrías transportarte a lo largo de los siglos hasta aquella época tan prolífica.

Me tomé mi tiempo para admirar los mosaicos que decoraban el suelo y el techo que se cernía sobre nuestras cabezas con bóvedas luminosas y que le aportaban un aspecto abierto. Mientras tanto, Enzo ya había empezado a avanzar entre las esculturas, la mayoría réplicas romanas de famosos originales griegos y retratos imperiales. Rebosaba ilusión y ganas de dejar que el lápiz se moviera solo por el papel. Una sonrisa ladeada se había instaurado en su rostro desde que habíamos entrado y a mí me encantaba verlo así de feliz, simplemente siendo él mismo con lo que más le apasionaba, sin tener que preocuparse de lo que las personas de su alrededor pensaban, sin que le criticaran por querer ser artista. Sin tener que fingir ser quien no era.

En vez de fijarme en las obras de arte que me rodeaban, lo observé a él. Observé cómo se movía por el pasillo, sonriendo para sí mismo al encontrar una escul-

tura que le gustaba. Cómo sacaba su libreta del bolsillo y trazaba las primeras líneas con un lápiz al que le quedaban pocos días de vida tras tanto usarlo. Cómo parecía que las esculturas lo absorbían y lo transportaban a otra dimensión en la que solo había mármol. Cómo le prestaba atención a los detalles que pasaban desapercibidos para muchos y los captaba en su dibujo. Cómo los turistas que habían ido al museo por el arte se quedaban fascinados por su pasión y el análisis que estaba haciendo en su libreta.

No era el mejor dibujante, pero tampoco lo necesitaba. Aquello lo hacía para estudiar las esculturas de otros artistas y así formarse a sí mismo como escultor.

Se acercó a mí con una amplia sonrisa y el lápiz apoyado en la oreja. Me enseñó el esquema que había hecho y las conclusiones que había sacado al analizar la escultura *Augusto de Prima Porta*, una de las más aclamadas del Braccio Nuovo. Lo escuché, más perdida en su mirada que en lo que me estaba diciendo.

—Ahora mi cuerpo me pide que vaya directo a la estatua del *Nilo*. Es la joya de la corona de esta galería. —Giró la cabeza hacia el final del pasillo en el que nos encontrábamos, que se abría en una sala amplia en la que estaba aquella escultura que tanto le gustaba—. Quizás debería quedarme contigo y prestarles atención a otras obras antes porque estaré un buen rato delante del anciano que representa al río de Egipto.

—No te preocupes por mí, quiero ir con calma. Pasaré por allí una vez haya acabado de mirar toda la galería, ¿te parece?

Enzo asintió y me dio las gracias antes de dar media vuelta y prácticamente correr por el pasillo hasta situarse delante de la escultura que más ilusión le hacía de toda la galería. Me reí por lo bajo ante las miradas de los turistas y empecé mi recorrido por el Braccio Nuovo.

Las páginas de mi libreta acabaron impregnadas de grafito, esquemas rápidos y dibujos un poco más elaborados de las esculturas que me iba encontrando. Rostros con ángulos afilados que antaño habían pertenecido a alguien. Cuerpos con proporciones ideales y casi imposibles de alcanzar por los mortales que modifiqué con mi lápiz para hacerlas un poco más realistas, más al alcance de todos nosotros. Adapté a mi estilo lo que mis ojos captaban y aprendí con cada una de las esculturas. Con cada uno de los bocetos.

Hacía tiempo que no visitaba un museo por el simple placer de hacerlo, especialmente desde que había tomado la decisión de dedicarme a la pintura. Era un aprendizaje constante, tenía que seguir formándome continuamente para no quedarme estancada y no había nada mejor para ello que inspirarme en grandes y pequeños artistas.

Entonces, antes de que el pasillo se abriera para

dar paso a la sala en la que Enzo me esperaba, una escultura me llamó la atención. No sabría decir por qué, el estilo era similar a la de las esculturas que la rodeaban y no había nada realmente único en aquel mármol, pero mis pies se movieron solos y acabé ante *Atenea Giustiniani*. El mármol había sido trabajado con minuciosidad para representar a la diosa de la sabiduría y la guerra con su emblemático casco, acompañada de un par de serpientes, además de una lanza que había sido añadida posteriormente. Debía haberse perdido en la escultura original.

Había algo en su rostro que me resultaba familiar y sentí una especie de *déjà vu*, como si recordara todos y cada uno de los rasgos de su rostro impecable a pesar de que, en realidad, aquella era la primera vez que estaba en el Braccio Nuovo. Miré hacia los lados, pero todos los visitantes se habían dispersado y apenas quedaba nadie allí. Realmente sentía que era así, que estaba yo sola ante la escultura.

A pesar de que sabía que estaba prohibido, me acerqué y rocé la túnica con mis dedos. El frío del mármol hizo que me estremeciera al abrirse paso por todo mi cuerpo, congelándolo a su paso con una sensación desagradable. Entonces, trastabillé ante el mareo repentino que hizo girar la sala a mi alrededor y caí en un remolino de oscuridad un instante antes de que mi cabeza chocara con el suelo.